

excusaba con la juventud y la salud de su hija. Para zanjar todas las dificultades, Lesdiguieres fué á avisarse con Carlos Manuel en Brusol (cerca de Sussa), firmándose allí, en 25 de abril de 1610, dos tratados por virtud de los cuales ambos soberanos pactaban una alianza ofensiva y defensiva en pro de la libertad de la Iglesia y de Italia y en contra de España. La guerra principiaría en Alemania y en Italia en el mes siguiente.

Las condiciones eran tales como las deseaba Carlos Manuel. Enrique IV, que, en octubre de 1609, pensaba hacerse ceder toda la Saboya, contentábase ahora con la demolición de las murallas de Montmelián, y en lugar de Pignerol, que exigía como plaza de seguridad antes de que sus tropas pasaran los Alpes, aceptaba dos plazas que se quitarían á los españoles y que serían con preferencia Valenza y Alejandría. El contrato de matrimonio de Víctor Amadeo y de Isabel de Francia se redactaría en su forma auténtica el día 25 de junio de 1610. Enrique IV daba 14.000 hombres á Carlos Manuel sin otro provecho que retener en Italia á una parte de las fuerzas españolas. El Saboyano tomaba su desquite del tratado de Lyon.

### III.—Preparativos de guerra y aumento de impuestos

Enrique IV se armaba y los armamentos costaban muy caros. El ejército de Champaña contaba 30.000 hombres, el del Delfinado 14.000, y Enrique IV preveía la necesidad de organizar otro en los Pirineos. El total de sus soldados era cuádruplo del que tenía que mantener en tiempo de paz. En abril de 1610 confesaba al nuncio que había gastado ya 500 ó 600 mil escudos (1.500.000 ó 1.800.000 libras), y entonces todavía no estaban hechas todas las levadas ni había comenzado la campaña.

Sully había tenido que preocuparse, desde 1609, de encontrar los recursos necesarios. Su proyecto de presupuesto para 1610 calculaba los ingresos en 15.657.700 libras (1) y los gastos en 15.697.000, quedando, por consiguiente, un déficit de 39.300 libras. La guerra, aun antes de ser declarada, comprometía los servicios públicos: en efecto, en un estado de las economías posibles, la superintendencia preveía la reducción de los trabajos de vialidad de 1.100.000 á 800.000 libras, y la de las fortificaciones de 600.000 á 400.000; y rebajaba nuevamente los intereses de la Deuda. En virtud de esta rebaja, los suizos percibirían sólo 600.000 libras en vez de 1.200.000; los Países Bajos é Inglaterra 400.000 en vez de 800.000, y los rentistas franceses perderían una cuarta parte de las rentas garantidas por la sal (386.000 libras), otra cuarta parte de las garantidas por el donativo gratuito del clero (325.000 libras), y otra cuarta parte de las garantidas por las ayudas (150.000 libras).

Sully inscribía como recursos nuevos la prolongación de los contratos de arriendo mediante la suma de 24 millones pagaderos en tres años; la adjudicación por seis años á algunos asentistas de 15 millones de ciertos recargos y otros derechos en Guiena, Languedoc, Provenza, Delfinado, Lyonnais y Borgoña; la venta á los

(1) Se trata de las utilidades, véase el capítulo III.

Tribunales de Cuentas, Tribunales de Ayudas y funcionarios de Hacienda de emolumentos que «reclaman», es decir, probablemente de un aumento de gajes y especias. Si los funcionarios del rey ofrecían 30 millones por esta concesión era porque con seguridad les produciría mucho más; y Sully, que en sus comienzos tanto rigor había mostrado en reducir las ganancias de los asentistas y de los empleados de Hacienda, veíase ahora obligado á entregarles el país.

En 1609, dice el *Mercure françois*, se restablecieron la mayor parte de las comisiones (cuotas adicionales) que habían sido suprimidas en 1607; y en junio del propio año se crearon y vendieron nuevos empleos de consejeros en cada una de las residencias particulares de los baillíos y senescalías. María de Médicis, al principio de la regencia, revocará 54 edictos y comisiones extraordinarias del tiempo del difunto rey. Todos esos gobiernos de antiguo régimen, siempre escasos de dinero, veíanse obligados, á la primera necesidad, á recurrir á los peores expedientes; y el famoso tesoro de la Bastilla no impidió á Sully apelar á ellos. L'Estoile se lamenta (junio de 1609) de que los edictos del difunto rey (Enrique III), contra los cuales se clamó tanto, hayan resucitado «con un manojo de otros nuevos» mucho «más perniciosos y perjudiciales.»

El gobierno proyectó una refundición de las monedas. Ya en 1602, el Consejo, al cual habían acudido, invitados por el rey, los consejeros, los príncipes de la sangre, los funcionarios de la corona y las personas más expertas que había entonces en París, había decidido no rebajar la ley de la moneda como algunos proponían, sino aumentar el precio de las especies. El escudo de oro de sol de Francia fué elevado de 60 sueldos torneses á 65 y las especies divisionarias fueron ajustadas á la misma proporción; y como en 1572 sólo valía 54 sueldos, resultó aumentado en 11 sueldos en menos de treinta años. La afluencia del metal de plata era probablemente causa de este encarecimiento del oro, que no fué bastante á contener la medida de 1602. En vista de ello, el gobierno resolvió rebajar la ley (julio de 1609), queriendo suprimir todas las monedas, cambiarlas y «darles un nuevo pie, es decir, debilitarlas.» La emoción que esto produjo en París fué grande: «Todo el mundo murmuraba de ello, especialmente los pobres mercaderes, á quienes se abrumaba de tal modo con impuestos, que estaban consumidos. Los más acomodados y los que tenían algún dinero en sus arcas decían que el rey, si nada les daba, á lo menos no les quitase nada; y todos en general, que eran invenciones de aquellos tiranuelos y defraudadores de asentistas: la cual palabra suena hoy muy duramente en los oídos del pueblo, y no hay materia más frecuente de su despecho que esta.»

El Tribunal de las Monedas encargó á su primer presidente que hiciera algunas representaciones y Enrique se burló de él. No era tan fácil reducir al Parlamento, el cual, cansado ya de registrar edictos fiscales, se negó entonces á registrar aquél por unanimidad. Los presidentes fueron llamados á casa del canciller en donde estaba también el superintendente, mas no hubo modo de llegar á un acuerdo, dice L'Estoile, «pues la soberbia y altanería del señor de Sully no podía sufrir que en nada se cediese á nadie, y la gravedad y auto-

riedad de un Tribunal no podía tolerar que le dominara y menospreciara (como tan á menudo lo ha sido) un favorito como Sully.» Un consejero enseñaba á L'Estoile el pasaje del Dante en el que Felipe el Hermoso es tratado de monedero falso; y corría el rumor de que el mariscal de Ornano, gobernador de la Guiena, había «muy generosa y libremente» manifestado al rey que «estaba en muy mal predicamento con su pueblo y que en toda la Guiena jamás se había murmurado ni detractado del difunto rey como se hacía en todas partes de Su Majestad, lo mismo en las grandes que en las pequeñas reuniones.»

### IV.—Fin del reinado

La guerra que con tantos impuestos se anunciaba no era popular y aun lo era menos la causa que la motivaba. El espíritu de la Liga no había muerto y en la corte existía un partido que no desesperaba de reconciliar á Francia con España; de aquel partido era el alma el nuncio Ubaldini, y Bassompierre se comprometía á demostrar la ventaja de las alianzas católicas sobre las alianzas protestantes. Pero aun prescindiendo del espíritu de partido, el catolicismo, muy fogoso entre las clases populares, no quería apoyar en el exterior á los correligionarios de los hugonotes.

L'Estoile mencionaba en 1606 la corriente que en París y en todas partes empujaba hacia las nuevas órdenes religiosas más austeras, á los hijos é hijas de buenas casas, á hombres y mujeres de calidad. Las doctrinas ultramontanas ganaban terreno.

Ya hemos visto que en la Sorbona no se había presentado desde 1600 ninguna tesis que sostuviera la superioridad de los concilios sobre los papas. La independencia de los reyes en materia temporal era, fuera de Francia, vivamente discutida; así, habiendo el rey de Inglaterra Jacobo I querido obligar á sus súbditos católicos á que le jurasen obediencia, como á un soberano que no reconocía superior en la tierra, ni siquiera al papa, Paulo V les prohibió prestar este juramento. El cardenal Belarmino, contestando al libro en que aquel teólogo coronado sentaba sus pretensiones (1607), reivindicó para los papas el derecho de amonestar á los reyes, de excomulgarlos y de destituirlos. Pablo V y Jacobo I solicitaron la intervención de Enrique IV, el primero para que la Sorbona condenase la tesis del rey de Inglaterra y éste para unir á los reyes de Europa contra las doctrinas teocráticas. El monarca francés, que encontraba peligrosas estas discusiones, encargó al dominico Nicolás Coeffeteau, célebre predicador y escritor, la redacción de una respuesta á Jacobo I que satisficiera al papa sin mortificar al rey.

No se lo agradeció Paulo V, pues la Inquisición romana condenó (noviembre de 1609) la *Historia universal* del presidente De Thou, enteramente impregnada de espíritu galicano, el discurso de Arnould contra los Jesuitas y la sentencia contra Juan Chatel, en la cual el Parlamento había condenado, al par que á este miserable regicida, la falsa y abominable doctrina según la cual era «permitido matar á los reyes.» El Parlamento ordenó que fuese roto y quemado en público el decreto de la Inquisición, pero Enrique IV, temiendo una nueva guerra de escritos en pro y en contra, prohibió á los

magistrados que ejecutaran aquella orden (enero de 1610). Entonces la curia romana consintió en publicar una nueva lista de obras condenadas, de la que desaparecieron la sentencia contra Chatel y el discurso de Arnould, pero dejando subsistente en ella la *Historia universal* de De Thou y añadiendo el *Traité des Droits et Libertés de l'Eglise gallicane* («Tratado de los derechos y libertades de la Iglesia galicana») de Jacobo Guillot (1609), uno de los autores de la *Sátira Menipea*.

Hasta en la cuestión de la inviolabilidad de las personas reales empleaban equívocos los ultramontanos. El nuncio distinguía entre tiranicidio y regicidio; pero un rey que gobierna contra la Iglesia ¿no es acaso un tirano? El Padre Mariana, en su *De Rege et regis institutione* (1595), reimpresa en 1610, declaraba que á juicio de muchos (y seguramente de él) Jacobo Clement, al matar á Enrique III, se conquistó una gloria inmortal.

Decíase que Enrique IV hacía la guerra para poner á los pretendientes protestantes en posesión de la herencia de Cléveris, y que iba «en pleno país de herejes» á exterminar á un pequeño puñado de católicos que allí quedaba. Su pasión por la princesa Condé no era una excusa, y el P. Basilio, capuchino, hizo una alusión muy clara á sus «adulterios y liviandades.» Los sermones de Adviento (diciembre de 1609) fueron violentísimos: el P. Gontier, jesuita, predicando delante del rey el viernes, día de Navidad, el sábado y el domingo, trató á los hugonotes de «escoria de la sociedad y canallas» á quienes los católicos no debieran tolerar que alternasen con ellos, y citando el artículo de su confesión que identificaba al papa con el Anticristo, volvióse al rey y exclamó: «Si es verdad, Sire, como quieren ellos hacer creer, que el papa sea el Anticristo, ¿qué será, Sire, de vuestro matrimonio? ¿Dónde está la dispensa? ¿Qué será del Delfín?» Entre el pueblo corrió el rumor de que los hugonotes habían proyectado una matanza como la de San Bartolomé, pero de católicos, para la Navidad de 1609 y que el rey había tenido noticia del complot y no se atrevía á castigarlos.

Entre los que tal creían figuraba un ardiente católico de Angulema, Francisco Ravaillac, de treinta y uno treinta y dos años de edad, que había sido sucesivamente ayuda de cámara de un juez, hermano converso entre los Fuldenses y maestro de escuela. Era un hombre desamparado é inquieto que vivía especialmente de limosnas y que por gusto ó por negocios hacía continuos viajes entre Angulema y París. Encarcelado por deudas, había padecido mucho y de ello se había resentido su cerebro. No era un ignorante, ya que había «enseñado» á los niños, sabía un poco de procedimientos y sobre todo tenía buena opinión de sí mismo. Católico asiduo de las prácticas del culto, frecuentaba con preferencia los conventos, oía los oficios en sus capillas, consultaba con ellos casos de conciencia y llevaba sobre la carne un corazón de algodón en el que había, según le dijera un canónigo de Angulema, un pedazo de la Veracruz. Escuchaba los sermones y las conversaciones en que se trataba del poder del papa sobre los reyes y de los peligros que amenazaban la religión; se exaltaba, se creía llamado á representar un papel, y decía «que prefería el honor de Dios á todas las cosas.» Cuando estaba con los fuldenses, había tenido visiones, y los reli-

giosos, alarmados, habíanlo despedido al cabo de seis semanas. En Angulema, mientras sufría prisión por deudas, tuvo «como sensaciones de fuego, de azufre y de incienso,» lo cual, en su concepto, era una prueba decisiva, contra los herejes, de la existencia del Purgatorio. A los pocos días de haber sido puesto en libertad, el sábado siguiente á Navidad, «después de haber hecho su meditación nocturna...», había sentido llenas su faz y su boca de una cosa que no pudo discernir porque era á la hora de media noche; y estando en este estado, sintió ganas de cantar los cánticos de David, comenzando por el *Dixit Dominus*, etc., hasta el final del cántico, con el *Miserere* y el *De Profundis* enteros, y le pareció que cantándolos tenía en la boca una trompeta de un sonido semejante al de una trompeta en la guerra...» Por la mañana, antes de que amaneciera, cuando sopló en los tizones para que dieran un poco de luz, vió «incontinenti, á ambos lados de su cara, á diestra y á siniestra, á la luz del fuego que salía á causa del soplo, hostias parecidas á las que se suele administrar en la comunión á los católicos en la Iglesia de Dios.

Intentó ver al rey para decirle que debía desterrar á los hugonotes ó reducirlos á la religión católica, apostólica, y á este fin fué á casa de Madama de Angulema y del cardenal du Perrón en solicitud de una carta de Audiencia. El 27 de diciembre de 1609, al pasar Enrique IV «por cerca de los Inocentes,» gritó: «Sire, en nombre de nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Virgen María, permitidme que os hable;» pero uno de los de la comitiva del rey le rechazó.

Entonces regresó á Angulema á tiempo que se confirmaba el rumor de que Enrique IV tomaba las armas en favor de los protestantes de Alemania. Ravaillac oyó referir en casa de un tal Beliard, que «el embajador del papa había dicho de parte de éste al rey que si le hacía la guerra le excomulgaba; á lo que el rey había contestado que sus predecesores habían puesto á los papas en el trono, y que si le excomulgaba, él le destruiría.»

Ravaillac pensó entonces en matar al rey y regresó á París (abril de 1610). Los soldados declaraban «que si el rey, que á nadie decía sus propósitos, quería hacer la guerra contra el Padre Santo, ellos le ayudarían y darían por ello su vida.» Estas palabras le causaron horror, «porque hacer la guerra contra el papa era hacerla contra Dios, por cuanto el papa era Dios y Dios era el papa.»

Había robado en una posada un cuchillo en el que hizo poner un buen mango de asta de ciervo, y lo llevó consigo «algunos días ó tres semanas, metido en un saco en su bolsillo;» pero en el momento de poner en obra su plan, sintió desmayo ó remordimiento y emprendió el camino de Angulema. Cuando estuvo delante del jardín de Chantelou (cerca de Chatres), rompió un trozo de una pulgada la punta de su cuchillo; mas al llegar al arrabal de Etampes vió apoyada en el muro del camino una cruz y en ella á Cristo ensangrentado y coronado de espinas; las palabras de los soldados y los peligros del papa reaparecieron en su memoria, y dirigiéndose de nuevo á París, afiló sobre una piedra la punta rota de su cuchillo.

Antes de entrar en campaña, Enrique IV había designado como regente, en su ausencia, á la reina, é ins-

tituido un consejo de regencia compuesto de 15 personas, en el que todo debía resolverse por mayoría de votos. María de Médicis rogó al rey que la hiciera coronar y consagrar á fin de darle mayor prestigio á los ojos del pueblo y aun para fortalecer el poder que le confiaba. La petición era legítima, puesto que las reinas casadas con un rey reinante y ya consagrado habían sido coronadas aparte; pero Enrique IV no se preocupaba de dar á su esposa este complemento de autoridad.

Tenía el rey formado el más pobre concepto de la inteligencia de María, pues habiendo querido iniciarla en los negocios de Estado, había podido comprobar su mediocridad y su torpeza. Además, desconfiaba de las personas que la rodeaban, especialmente de dos florentinos, la señora Leonor Galigai, hija de su nodriza, y el señor Concini, marido de dicha Leonor y que ejercía sobre ella un dominio absoluto. Aquella camarilla no sentía más que apetitos bajos, pero se inclinaba preferentemente del lado de las potencias católicas y obraba de acuerdo con el nuncio Ubaldini. María, devota é hija de una archiduquesa austriaca, soñaba con casar á sus hijos en España, y la guerra, por consiguiente, hería todos sus afectos; por esto podía Enrique IV con razón temer el hacerla demasiado popular, y de aquí que alegara los gastos y la falta de tiempo para negarse á los deseos de la reina; pero ésta insistió de tal manera que fué preciso ceder.

La coronación se efectuó el 13 de mayo en Saint-Denis, con gran pompa. Durante la ceremonia, el rey se había mostrado muy alegre, y cuando la reina salió del templo se le adelantó y desde una ventana, en donde se había situado para mejor verla, «le arrojó, mientras pasaba debajo de él, algunas gotas de agua.»

Enrique IV había decidido partir después de la entrada solemne de María en París, que se había fijado para el domingo 16; y como sus tropas, reunidas en las inmediaciones de Chalóns, debían, para llegar á Juliers, entrar en los Países Bajos, había escrito, en 8 de mayo, al archiduque Alberto pidiéndole autorización para pasar por ellos: «Hermano mío, siempre he favorecido la paz pública con efectos verdaderos y señalados, y aun me anima la misma voluntad...; de ello tuvisteis una prueba digna de memoria el año pasado (alusión al tratado de la tregua), la cual es más que suficiente para daros de mí esta creencia; sin embargo, he querido todavía añadir esta á la otra con ocasión del socorro que he prometido y vengo obligado á prestar á los herederos de los ducados de Cléveris, Juliers, Berg y otros países... Por tanto, teniendo para ello que pasar por ciertos sitios y aldeas de vuestra obediencia, deseo saber si puedo hacerlo como amigo que no quiere cometer acto alguno de hostilidad.»

En el momento de jugar la gran partida que había empeñado, juzgaba necesario evitar toda provocación y dejar al archiduque, en caso de que se negara á acceder á lo solicitado, la responsabilidad de la ruptura. Tenía por aliados al duque de Saboya y al duque de Mantua, y por enemiga á la casa de Austria; los holandeses y los ingleses no querían comprometerse, y los mismos protestantes de Alemania se mostraban tibios y desconfiados. ¿Qué sería de sus hijos si perecía en el combate? Así se explican quizás sus angustias en

aquella vela de armas: Enrique IV no podía dormir y rezaba con fervor; levantado, no estaba quieto un momento; tenía miedo de salir y se aburría de estar en palacio; y su esposa y su hijo natural, el duque de Vendome, testigos de aquella agitación, le rogaban que no saliera del Louvre.

El día 14, á las cuatro de la tarde, salió en carroza acompañado del duque de Eperón y de algunos otros señores para ir al Arsenal á conferenciar con Sully. En la calle de la Ferronnerie, muy estrecha, el carruaje hubo de detenerse á causa de estar aquella obstruida por una porción de carretas; los lacayos se dispersaron, y Ravaillac, que desde la mañana acechaba la puerta del Louvre y había seguido al rey, aprovechó aquel desorden para acercarse al monarca, quien, apoyado en el hombro de Eperón, escuchaba la lectura de una carta. Ravaillac le asestó un primer golpe con el cuchillo en el costado derecho, y mientras Enrique IV gritaba: «Estoy herido,» le asestó otro en el corazón. El rey murmuró: «No es nada;» pero una ola de sangre salió de su boca. Ravaillac no intentó huir, sino que permaneció quieto con el cuchillo en la mano, y habiendo Saint-Michel, oficial de los guardias de corps, desenvainado la espada y arrojádose sobre él, de Eperón le prohibió, bajo pena de la vida, que le matara. El regicida fué detenido y llevado muy cerca de allí, al palacio de Retz, en donde quedó vigilado por arqueros. Y mientras de Eperón gritaba al pueblo que el rey sólo

estaba herido, la carroza conducía al Louvre un cadáver.

La noticia del atentado no excitó otro sentimiento que un inmenso dolor: la pesadumbre de los impuestos, el escándalo de las queridas, todo fué olvidado momentáneamente, y ciudadano hubo, como L'Estoile, que por la mañana se indignaba de los excesos de la corte y de la avidez del fisco, y por la noche lloraba «al más grande y mejor rey de la tierra.» ¡Qué cambio, en efecto, en el estado del reino entre 1598 y 1610! Se había restablecido el orden en la hacienda y en la administración y, en cuanto era posible, en los espíritus. Finalmente Enrique IV había, sin guerras, ayudado á Holanda á emanciparse y restablecido la autoridad de Francia en Europa.

Por esto el historiador más emocionado con aquel fin trágico puede preguntarse si no vale más que muriera en aquel momento. La lucha en que iba á empeñarse era «aventurada y temeraria.» Si su propósito era ir solamente á Juliers, ¿á qué tanto alarde de fuerzas? Si pensaba atacar á los españoles y á los imperiales, ¿podía olvidar que desde 1595 á 1598 nada había podido contra España á pesar de encontrarse ésta sola y obligada á defenderse por mar y por tierra contra Inglaterra y Holanda? «Cualquiera, dice Richelieu, que medite la empresa que acometió «al término de su vida,» no dudará de la venda que tenía «en los ojos.»

Todos los beneficios del reinado estaban comprometidos por la crisis de una ceguera pasional.